

alguna tentacion. Igualmente es de grande importancia rociar con ella la cama antes de acostarse, echarla á los enfermos, á los moribundos, y generalmente aspergear los lugares donde se teme la asistencia de los espiritus malignos, ó algun aire corrupto y pestilente. Acostúmbrate á tomarla tambien al entrar y salir de tu cuarto. Nos librariamos de mil desgraciados accidentes que suceden, si usáramos mas de estos poderosos auxilios; pero es menester hacerlo como se debe para que sea con fruto. Para eso has de tomar siempre el agua bendita con espíritu de fe y de compuncion; de fe, por ser esta la condicion indispensable que exige el Salvador en todos los que le piden algun favor especial; de compuncion, porque para conseguir purificarnos de las faltas lijeras por virtud del agua bendita, es menester detestarlas con dolor. No hay cosa mas saludable que estos piadosos ejercicios, y así haz siempre de ellos grande aprecio.

---

### DIA QUINTO.

#### EL BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO, CONFESOR.

La ilustre casa de Luxemburgo, tan conocida en la Europa por haber dado cinco emperadores al Occidente, muchos reyes á Hungría y á Bohemia, una reina á Francia, y por su enlace con la augusta casa de Borbon, se vió mas que nunca esclarecida en el siglo décimocuarto por el nacimiento del bienaventurado Pedro de Luxemburgo, cuya memoria consagró para siempre la santa Iglesia.

Nació el dia 20 de julio de 1369 en Liñy, ciudad poco populosa de Lorena, en la diócesis de Toul.

Fué Pedro el quinto de los hijos que tuvo Guido de Luxemburgo, conde de Liñy, y Matilde ó Mathan de Chantillon, condesa de San Pol; pero su madre le amó con tan particular ternura, que ella misma quiso criarle á sus pechos, y aun habia determinado cuidar ella sola de su educacion, si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera, llevándosela para sí cuando el niño no tenia mas que tres años. Mas como el Señor tenia destinado á Pedro para tan altos fines, dispuso que su tia la condesa de Orgieres, señora no menos virtuosa que su madre, se encargase de la crianza del niño. Escogióle excelentes maestros, que tuvieron poco que hacer, porque su noble indole y su despejado entendimiento les ahorró muchas lecciones. Era por otra parte de inclinaciones tan piadosas, que parecia haberse anticipado la virtud á la razon. A los seis años de su edad hizo voto de castidad, y á una hermanita suya que tenia doce la persuadió á que hiciese el mismo voto. Su amor á la oracion, su modestia en la iglesia, su tierna devocion á la santísima Virgen y su caridad con los pobres, le merecieron desde entonces el renombre de santo.

Parece que no podia subir mas de punto esta última virtud. Siendo de solos siete ú ocho años, era todo su desvelo socorrer á los necesitados. Ningun pobre llegaba á la puerta de su casa mientras estaban comiendo, con quien no repartiase lo que le servian en su plato. Valiase de mil industrias para tener con que dar limosna, y cuando se le acababa el caudal, hurtaba cuanto podia para socorrerlos. Informado el conde su padre de estos piadosos hurtos, dió muchas gracias á Dios por haberle concedido un hijo de tan cristianas como nobles inclinaciones; y aun se asegura que autorizó Dios su caridad con varios prodigios, de que fué testigo el mismo conde.

A los doce años le enviaron á París para continuar

estudios; y como era de tan excelente ingenio, se distinguió mucho, así en las letras humanas como en la filosofía. Aplicóse despues al derecho canónico, que en aquel tiempo era muy cultivado por los que se dedicaban al estado eclesiástico. Hizo en él tan asombrosos progresos, que ya en tan tierna edad fué venerado por un milagro de virtud y de sabiduría. Dos desgraciados sucesos interrumpieron sus estudios, la muerte de su padre y el accidente de su hermano mayor el conde de San Pol, que en una batalla que perdieron los franceses fué hecho prisionero por los ingleses. Inmediatamente se fué el santo niño á Calés, donde se quedó en rehenes por su hermano mientras iba este á recoger la cantidad que le habian pedido por su rescate. Enamorados los ingleses de la virtud y de las prendas de su nuevo prisionero, le cobraron tanto amor y tanto respeto, que le pusieron luego en libertad, sin querer mas seguridad que la de su palabra; y noticioso el rey de Inglaterra Ricardo II del mérito de nuestro santo, hizo cuanto pudo para detenerle cerca de sí; pero Pedro, luego que se vió libre, se restituyó á Paris para continuar sus estudios.

Cobró nuevas fuerzas su fervor cuando se vió en aquella ciudad; dobló sus penitencias y cada día se iba haciendo mas y mas visible su virtud. Habia algunos años que el célebre Felipe de Maisieres, antiguo canceller de los reinos de Jerusalem y de Chipre, desengañado de las grandezas humanas, vivia retirado del mundo en el convento de los Celestinos de Paris, donde sin la obligacion de los votos, ni la profesion del hábito, hacia una vida muy ejemplar y verdaderamente religiosa. Movido de la reputacion de aquel ilustre solitario, pasó á verle Pedro de Luxemburgo. A la primera conversacion descubrió Felipe el rico tesoro de gracias que se ocultaba en el alma de aquel jóven, y la uniformidad de máximas formó inmedia-

tamente una amistad muy estrecha entre los dos grandes siervos de Dios. Admiraba á Felipe la inocencia y la sobresaliente virtud de Pedro de Luxemburgo, y aprovechábase este de las lecciones que Felipe le comunicaba sobre el ejercicio de la oracion y sobre los diferentes caminos de la vida espiritual.

Eran los únicos pensamientos de Pedro adelantarse cada día mas en el camino de la perfeccion, muy ajeno de pensar en ascender á las dignidades de la Iglesia, cuando su familia le solicitó un canonicato en la catedral de Paris. El nuevo empleo solo sirvió para que se considerase mas obligado á dar mayor impulso á los esfuerzos de su fervor, siendo su modestia, su compostura, su indefectible asistencia á todas las horas del coro y la inocencia de sus costumbres el modelo mas perfecto de canónigos santos, y la admiracion de toda la ciudad, donde se hizo mucho mas respetable por su humildad que por su elevado nacimiento y por las demás raras virtudes. Negóse á llevar la cruz en cierta procesion solemne un simple cleriguillo, de padres muy humildes, pareciéndole á su orgullo ejercicio de poca estimacion; tomola luego nuestro jóven canónigo y la llevó con tanta devocion, que asombró á todo Paris, con edificacion y con aplauso general de su modestia.

La fama de tan singular virtud y de tan extraordinario mérito hizo tanto ruido en el mundo, que penetró hasta las cortes extranjeras. Despedazaba á la sazón la Iglesia de Dios un largo y funesto cisma. Clemente VII, reconocido en Francia por legitimo pontífice, residia en Aviñon, y noticioso de la eminente santidad del tierno canónigo de Paris, le hizo arcediano de Dreux, y casi al mismo tiempo le nombró para obispo de Metz, sin reparar en su cortisima edad, pues contaba solos quince años; porque el papa creyó debia dispensar en las leyes comunes de la

Iglesia con quien Dios habia hecho tan superior á las ordinarias de la naturaleza. A pesar de sus representaciones y de toda su resistencia, se vió precisado á obedecer. Fué ordenado de sacerdote y consagrado obispo de Metz, mostrando desde luego que si la dignidad era muy superior á sus años, su virtud era muy superior á la dignidad. Mostró en toda su conducta ser un pastor consumado para el ministerio, creyendo todos que veian un ángel cuando se dejaba ver en público, y se hablaba de la sabiduria de aquel prelado niño con una especie de admiracion, muy parecida á la que causó el niño Jesus en la edad de doce años.

Por imitar en todo á su divino Maestro, hizo su entrada pública en Metz, como la hizo el Salvador en Jerusalem, montado en un humilde jumento; no admitiendo otra pompa que la de hacer cuantiosas limosnas á los pobres, ni mas aparato que el de la modestia y la piedad.

Desde que tomó posesion del obispado se dedicó al cumplimiento de todas sus obligaciones con un fervor y con una intension verdaderamente asombrosa. Dió principio por la visita general de toda la diócesis, y la hizo con tanta felicidad, que restituyó la fe á su pureza, la disciplina á su vigor, y corrigió abusos que con el transcurso de los años aspiraban á la prescripcion.

Mientras se afanaba tan dichosamente por santificar á los demás, estaba muy distante de descuidarse en la santificacion de sí mismo; y cuando dedicaba sus desvelos al mayor bien del rebaño, no perdía de vista la perfeccion que debia resplandecer en el pastor. No podía ser mayor su delicadeza de conciencia; confesábase todos los dias, y muchos dias dos veces. Nunca perdía á Dios de vista, estando en su presencia tan frecuentemente, que se podia decir era toda su vida una continua oracion, la que apenas inter-

rumpia su corto sueño. El tiempo que no dedicaba á aliviar las necesidades espirituales de su pueblo, le empleaba todo en la oracion y en el estudio, negándose aun á las mas licitas y honestas diversiones. Sus rentas las consumian casi enteramente los pobres y la Iglesia, reservándose la menor parte de ellas, no para vivir, sino para no morir de hambre; porque los ayunos de precepto los hacia todos á pan y agua, y con el mismo rigor ayunaba todo el adviento, y todos los lunes, viernes y sábados del año. Las penitencias del cuerpo excedian al rigor de sus ayunos; y aunque no parecia posible mayor inocencia, es indubitable que su extremada penitencia acertó los dias de su preciosa vida. Dióle mucho que padecer el sedicioso alboroto de sus diocesanos, que contra su autoridad se nombraron por sí mismos jueces y magistrados. Humillábase delante de Dios, y le sirvió de gran mortificacion el ver que su mismo hermano el conde de San Pol tomó las armas y saqueó muchos lugares de las cercanias de Metz: el santo obispo cargó con todos los daños, reparando con sus propias rentas cuantos el conde habia hecho; generosa caridad que le acabó de ganar todos los corazones.

Hallábase aun en Aviñon el año de 1386 el papa Clemente VII, y movido de lo mucho que oía decir acerca de la eminente santidad del jóven obispo de Metz, le creó cardenal del titulo de san Jorge al velo de oro, mandándole asistir cerca de su persona para edificar con sus grandes ejemplos á toda la corte eclesiástica. Reconocíale nuestro santo, como tambien toda la Francia, por legítimo pontífice, en cuya consideracion se juzgó obligado á obedecer. Llegó el nuevo cardenal á la corte de Aviñon, donde acreditó con su presencia que todo lo que habia publicado la fama acerca de su heróica virtud era muy inferior á lo que hacia ver la experiencia. La nueva dignidad solo

servió para añadir mas esplendor á sus virtudes, y para que el santo se entregase á nuevas penitencias, no contentándose con las ordinarias. Informado el papa de esto, y conociendo de cuánta importancia era para el bien de la Iglesia universal la conservacion de aquella preciosa vida, le advirtió muchas veces que moderase sus excesivas austeridades; y sabiendo que cada dia se iba debilitando mas y mas su salud, le prohibió absolutamente la mayor parte de sus penitencias; á lo que respondió el santo cardenal: *Santisimo Padre, yo siempre seré un siervo inútil; pero á lo menos sabré obedecer.*

Pero como el papa no le prohibió que moderase las limosnas, le pareció que lo que perdía por el lado de la penitencia, lo debía resarcir por el de la caridad. Era singular su ternura con los pobres, y todo su gusto era parecerse á ellos; habiéndoles dado sus rentas, sus muebles y su equipaje, vendió el anillo episcopal para socorrerlos. Todo cuanto se veía en el cardenal respiraba pobreza, y publicaba el extraordinario amor que le profesaba; de manera que cuando murió solo se hallaron unos cuarenta cuartos en sus navetas.

Al paso que cada dia se debilitaba mas su salud, crecía mas su devocion, su ternura y su abrasado amor para con Dios. Yendo un dia desde su palacio á la iglesia de San Pedro de Aviñon, fué arrebatado en éxtasis, con el semblante encendido, los ojos inmóviles y fijos en el cielo, despidiendo de todo su cuerpo un resplandor extraordinario. Lleváronle en brazos sus criados á la casa mas inmediata, que se cree fué el hospital de San Antonio, donde estuvo mas de media hora sin volver del raptó. En otra ocasion, pasando de Aviñon á Castelnuevo del Papa, tuvo otro semejante. Tiénese por cierto que se le apareció el Salvador en el camino, cuya vision le sacó

tan fuera de sí, que, suspendida la funcion de los sentidos, se postró en tierra en medio de un lodazal, de donde le levantaron sin que se descubriese ni la mas minima mancha en el vestido. Fueron testigos de esta maravilla el mismo papa y todos los de la comitiva. El éxtasis fué largo, y en la iglesia colegial de nuestra señora de Autun se ve una antigua pintura del santo que representa este suceso, con estas palabras que le eran muy familiares: *Desprecio del mundo, desprecio de si mismo, desprecio del mismo desprecio, y á nadie despreciar sino á si solo.*

Era muy de desear que una vida tan santa hubiese sido mas larga; pero el Señor se dió prisa á recompensar unos merecimientos tan extraordinarios y unos dias tan colmados. Diez meses despues de su promocion al cardenalato cayó gravemente enfermo, degenerando la fiebre en una calenturilla lenta, que le iba consumiendo. Hiciéronle mudar de aires y le condujeron á Villanueva, á la otra parte del Ródano. Nunco manifestó mas su devocion que en el tiempo de su enfermedad. Todos los dias rezaba el oficio divino, confesábase dos veces al dia, y cada dia comulgaba para añadir nuevas fuerzas á su fervor con el pan de la divina Eucaristia. Conforme se iba acercando á su dichoso fin, iba creciendo su íntima union con Dios y su tierna devocion á la santísima Virgen. Fué á visitarle uno de sus hermanos, que andando el tiempo fué obispo de Cambray; hablóle el santo con tanta energia y con tanta mocion de la vanidad del mundo y de las ventajas de la vida santa y perfecta, que, imprimiéndosele indeleblemente en el alma estos saludables consejos, fué despues uno de los prelados mas ejemplares. Recomendóle muy particularmente á su querida hermana Juana de Luxemburgo, aquella misma á quien habia persuadido hiciese voto de castidad, que toda la vida fué un perfecto modelo

de vírgenes cristianas, á la cual envió tambien un tratado *de la perfeccion*, que determinadamente habia compuesto para ella. Conociendo que se le iban acabando las fuerzas, recibió los últimos sacramentos con indecible fervor; llamó despues á todos sus criados que se deshacian en lágrimas; pidióles perdon del mal ejemplo que les habia dado, tratándolos acaso con menos caridad de lo que debiera; obligólos á darle palabra de hacer lo que les pidiese; todos respondieron que obedecerian; pero quedaron asombrados cuando les mandó que tomasen en la mano unas disciplinas que tenia debajo de la cabecera, y que uno despues de otro le fuesen azotando en las espaldas, *en castigo (añadió) de haberos tratado como criados, siendo así que érais mis hermanos*. Por mas súplicas, instancias y ruegos que le hicieron, por mas lágrimas que derramaron para que los dispensase en aquella accion, les fué preciso darle gusto. Concluido un acto de tanta humillacion, quiso que le dejasen á solas con su Dios; y en fin, consumido mas por el fuego del divino amor que por el de la calentura lenta, rindió su inocente alma al Criador el año de 1387, á los diez y ocho de su edad.

Cuando Clemente VII supo su muerte, no pudo contener las lágrimas. *Esta dichosa alma (exclamó) aplacará la cólera del cielo, y nos alcanzará la paz de la Iglesia*. Pasó en persona á Villanueva á besar su santo cuerpo, y fué testigo del celestial olor que exhalaba, llenando de fragancia todo el cuarto. De Villanueva fué conducido á Aviñon sin pompa ni aparato, como él mismo lo habia mandado, y se le dió sepultura en el cementerio de San Miguel, donde despues se fundó la iglesia y convento de padres celestinos, que poseen hasta hoy el inestimable tesoro de sus reliquias.

Fueron tantos y tan estupendos los milagros que

obró Dios por su intercesion antes de ser enterrado, y despues en su sepultura, que hay pocos bienaventurados, cuya santidad hubiese querido declarar el cielo de un modo mas auténtico. En virtud de esto, apenas murió cuando se erigió una magnífica capilla en el lugar de su sepulcro, apresurándose tanto el zelo y la devocion, que se dice entregaron sus joyas las damas de Aviñon para que cuanto antes se concluyese la obra; y fué tan grande la veneracion de todo el pueblo por el santo cuerpo, que el cuartel de la ciudad donde descansan sus preciosas reliquias se llama hasta el dia de hoy el *Cuartel santo*. Constan hasta 2400 milagros en los registros que conserva el archivo de los padres celestinos, pero el mas célebre de todos fué el que sucedió el año de 1432.

Un muchacho de diez á doce años subió á la torre mas alta del palacio de Aviñon para coger un nido de pájaros; alargó tanto el cuerpo para alcanzar al nido, que, perdiendo el equilibrio, cayó precipitado desde lo mas elevado de la torre, y dió sobre la punta de un peñasco, donde se hizo pedazos tan horrorosamente, que se esparcieron los sesos por todas partes, y todo el cuerpo quedó dividido en trozos. Concurrió toda la ciudad á tan lastimoso espectáculo, cuya vista llenó de horror á todos y á cada uno. Noticioso el triste padre del niño de tan desgraciado suceso, hincase luego de rodillas, y deshecho en lágrimas levanta los ojos y las manos al cielo, diciendo: *Monseñor san Pedro de Luxemburgo, amparadme*. Levántase lleno de fe y de confinza, corre al lugar donde estaba el cuerpo de su hijo, recoge los pedazos esparcidos por el suelo, y la sangre derramada con la misma tierra que estaba empapada de ella, mételo todo en un saco, y él mismo lleva el saco con aquellos tristes despojos, y le coloca sobre el sepulcro del santo, en cuya proteccion, despues de Dios, tenia toda su confianza;

ruoga á la muchedumbre que le seguía, que junte sus oraciones á las suyas, y acuden los padres celestinos á cantar la oracion del bienaventurado Pedro. Unidas así las oraciones de todos, con un prodigio jamás oído hasta entonces, ven todos los circunstantes que el muchacho comienza á moverse dentro del saco, y oyen una voz del niño como si estuviera en lo alto de la torre, que decia á un compañero suyo: *Estéban, coge el nido, que ya cayó abajo.* Faltó poco para que ahogase al niño resucitado la priesa que todos se daban por verle, y fué preciso ponerle de pié encima del altar para satisfacer la curiosidad del concurso. Una maravilla tan extraordinaria sucedida á la vista de toda la ciudad aumentó la devocion del pueblo á nuestro beato; y como sucedió el día 5 de julio, se fijó para este dia su fiesta, que todos los años se celebra en Aviñon con pompa y con solemnidad, especialmente despues que el verdadero papa Clemente VII, precediendo las jurídicas informaciones de su vida y milagros, publicó la bula de su beatificacion en 4 de abril de 1527, y la ciudad de Aviñon le escogió por uno de sus patronos, de quien cada dia recibe nuevas gracias.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Da quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que la venerable solemnidad del bienaventurado san Pedro, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia IV, pág. 82.*

## NOTA.

« Jesus, nieto del autor del libro del *Eclesiástico*, » de donde se sacó esta epistola, la tradujo del hebreo » al griego; pero el original hebreo que tuvo presente para la traduccion no fué otro, segun todas las apariencias, que el siriaco y el hebreo vulgar » de aquellos tiempos. Ignórase quién fué el autor de » la version latina, y solo se sabe que se hizo en los » primeros siglos de la Iglesia, pues se halla citada en » todos los santos padres antiguos. »

## REFLEXIONES.

*Halló gracia delante del Señor.* Esta es la mayor fortuna que puede hacer el hombre, este el elogio mas magnífico que el hombre puede merecer, y esta es toda la felicidad del hombre. Hallar gracia delante de Dios es ser agradable á sus divinos ojos por su inocencia y por su piedad; es ser favorecido, y es gozar de su benevolencia y de su amistad. Si el favor de los grandes del mundo colma de bienes y de honras á los que le consiguen, ¿qué honras y qué bienes no producirá el favor de Dios? Pero hay esta diferencia, que el favor de los principes puede llenarnos de tesoros, mas no es capaz de dar mérito; cuando la gracia de Dios es el mérito de la persona, porque es inseparable de la virtud. *Agradó á Dios, y hallóse que era justo.* Sin justicia, esto es, sin virtud y sin inocencia es imposible agradar al Señor. Pero ¿dónde hay fortuna mas sólida? No hay cosa mas superficial ni mas vacía que la imaginara felicidad de los dichosos del siglo. ¿Cuándo se halló siquiera uno que estuviese contento con su suerte? Crece la ambicion con los bienes y con los honores; y esta insaciabilidad es la mayor prueba de una verdadera indigencia. No hay cosa criada que pueda saciar ni contentar el co-

razon del hombre; la seguridad de que algun dia se ha de perder todo, turba el gusto de la posesion. Las riquezas opulentas y los honores mas elevados á lo sumo no son mas que una brillantez que deslumbra, y un humo que se sube á la cabeza; engañan y aturden por algun tiempo, y en eso consiste toda esa soñada felicidad. Esas revoluciones de fortuna y esa continua alternativa de bienes y de males, ¿qué otra cosa nos están predicando? Sábese muy bien, y se dice á cada paso, que ya es estrella de favorecidos el no serlo nunca hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de ellos cuando no tienen mas que dar, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo con los que han merecido la gracia del Señor; sus bienes hartan sin fastidio; hacen á sus favorecidos respetables sin arrogancia, dichosos sin emulacion, y no están ni sujetos al capricho, ni dependientes del humor, ni expuestos á las inconstancias de la vida. Consiguese la gracia del Señor, y se mantiene uno en ella siempre que quiere, y todo el tiempo que quiere. *Si vis, es*, respondió santo Tomás á una hermana suya, que le preguntó cómo podria ser santa: *Seráslo como lo quieras ser*. Las aprensiones, las inquietudes y la turbacion derraman mucha hiel en las prosperidades de los favorecidos; nunca es su alegría pura; los zelos la inquietan; la envidia la turba; la multitud de concurrentes la consume, y de ordinario la acaba. Por brillante que sea una fortuna, siempre titubea, siempre es resbaladiza. Pero demos que llegue hasta la muerte, de allí no pasa; y por larga que sea esta duracion, es ciertamente muy corta. ¿Y qué será en la eternidad de ese favorecido de los grandes del mundo? Pero es uno santo, es favorecido del Señor; la muerte aumenta el favor y hace mas perfecta su dicha, su mérito mas brillante y su culto mucho

mas célebre, pues al cabo le eterniza. Respétanse hasta sus huesos y hasta sus podridas cenizas (1). *Fulgebunt justi, et tanquam scintille in arundineto discurrent*: brillarán los justos y resplandecerán como las centellas que corren como jugueteando por un cañaveral. *Justitia enim perpetua est, et immortalis*: la justicia es permanente é inmortal. Pues *filii hominum, usquequò gravi corde?* hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de gemir oprimidos bajo esa pesadez que abrúma vuestro pobre corazon? ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad? ¿hasta cuándo os habeis de dejar embaucar de la mentira? Todos conocen esto; pero ¿quién se aprovecha de ello?

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo del dia IV, pág. 85.*

### MEDITACION.

DEL BUEN USO DE LOS MEDIOS PARA LOGRAR NUESTRA SALVACION.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera con qué bondad, con qué liberalidad y con qué magnificencia puso Dios en nuestras manos sus propios bienes. No solamente los cielos publican su beneficencia con nosotros; la tierra, el mar, todo el universo y todas las criaturas destinadas para beneficio del hombre, nos anuncian sus misericordias; ninguna hay que no nos sirva de medio para caminar hácia nuestro último fin, si sabemos usar de ella; pero no solamente hemos recibido de su liberalidad los bienes naturales, sino los sobrenaturales, mucho mas preciosos y en mucho mayor número. Sacramentos de la iglesia, manantial fecundo de bienes espirituales,

(1) Sap. 3.